



OMISION INVOLUNTARIA

Hemos leído con gran interés el primer capítulo del documentado trabajo de don Ramón Tamames, «Atlas de la economía española», que publica esa revista en su último número.

Nos ha sorprendido, sin embargo, y precisamente por la rigurosidad de los datos presentados, que en el cuadro 19, referente a «Participaciones estatales en el sector del petróleo», no figure entre las empresas petrolíferas en las que participa Calvo Sotelo, la Sociedad Calatrava, S. A., con un capital social de 1.200 millones de pesetas y un volumen de ventas, en 1971, de 1.844.299.124 pesetas, cuya participación, por parte de ENCASO, es del 51 por 100. ■ CARLOS PAYERA RIERA, director de Participaciones Sociales de la Empresa Nacional Calvo Sotelo de Combustibles Líquidos y Lubricantes (Madrid).

Tiene razón nuestro comunicante, y le agradecemos que así lo haya precisado para que nuestros lectores puedan corregir esta involuntaria omisión.

PUEBLO Y ELITE

El pueblo y la élite se nos aparecen como fenómenos incompatibles: lo popular, pobreza de la cultura, y las élites, la avanzada. Y surge la polémica de si estas minorías deben bajar al nivel del pueblo para ser auténticas, o de si esto es paternalismo y el pueblo debe ser educado aprendiendo de estas minorías.

Pero al hablar así se está identificando al pueblo y los fenómenos populares con toda una seudocultura que nace y muere en unos intereses minoritarios y exteriores a él. Entiendo por pueblo a los hombres que se sienten unidos precisamente

por su condición de hombres, con una problemática y un destino comunes, y no por causas artificiales impuestas por otros hombres. Y no son un fenómeno popular las canciones de moda, el folklorismo...: eso no es el pueblo,

esos son fenómenos que están a cierto servicio; que si aparentemente se han asimilado es por imposibilidad de elección, y precisamente esta asimilación está destruyendo al pueblo e impidiendo su trayectoria íntima.

Cuando surge espontáneamente el dolor y los hombres lo afrontan en común, cuando arquitecturas anónimas responden a unas necesidades primarias, cuando un pueblo adquiere conciencia de sí y lucha contra la explotación... estamos ante lo que entiendo por fenómenos populares. Por eso, cuando un hombre, ya sea por intereses o por placer, se refugia en la élite y se desliga del pueblo, su obra tendrá sentido individualmente para su satisfacción... pero estará tarada, será parcial. Pienso que lo importante no es la disyuntiva pueblo-élite, sino formando parte del pueblo (no aproximándose a él desde

fuera), expresarse con él. ■ MIGUEL GONZALEZ RODRIGUEZ (Madrid).

NECROFAGIA Y HUMANIDAD

Bien, doña Isabel Gil de Ramales, usted dice que no condena a los supervivientes de los Andes; usted no quiere tirar ninguna piedra, pero habla de «un hombre más hombre que los demás» porque se negó a su propia supervivencia. Hay quien podría llamar a eso «suicidio», y creo que hay sectores espirituales que condenan severamente tal acto.

En todo caso, pensemos que la decisión de ese «hombre» pertenece sólo a su intimidad y últimos razonamientos o instintos. Y tan válidos pueden ser los de éste como los de los demás.

Hombres con base científica se han pronunciado a fa-



LEMICA • POLÉMICA • POLÉMICA • POLÉMICA • POLÉMICA • POLEM

NIETZSCHE, LA ESCUELA DE FRANKFURT, MAYO 68...

El señor J. Vericat realizó en el último número de TRIUNFO unas acotaciones a mi reseña sobre el libro «La disputa del positivismo en la sociología alemana». Es imposible establecer un enfrentamiento polémico provechoso, pues la interesante carta de Vericat trata muchas más cuestiones de las que él o yo podríamos dilucidar satisfactoriamente en el espacio que esta revista y en el tiempo que la paciencia de los lectores podrían concedernos. Vayan sólo un par de aclaraciones sobre lo por mí dicho en la reseña que suscitó el comentario de Vericat, sin especial intención polemizante.

Cuando escribí «Nietzsche no fue de los suyos», no quise decir que Nietzsche fuera un desconocido o un ausente en las preocupaciones de los frankfurtianos. Nietzsche ha estado de un modo u otro presente en todos los intentos de crítica radical de la cultura y el

lenguaje dominante de este siglo; lo que pretendi señalar es que su pensamiento no fue utilizado para resolver ninguno de los problemas teóricos o prácticos de la Escuela, tal como se intentó utilizar el de Freud, el de Schopenhauer, y, siempre de forma ambivalente pero omnipresente, el de Hegel. Es evidente que Nietzsche es utilizado en la Dialéctica del Iluminismo como destacado adversario del idealismo y del positivismo en el planteamiento de la lucha contra la razón totalizadora, tal como se utiliza, igualmente, a Sade, De Maistre, «La Odisea», Hölderlin y otros autores que difícilmente pueden considerarse como centrales en el pensamiento de los frankfurtianos estudiados conjuntamente a lo largo de la vida de la Escuela. Se trata de afinar y flexibilizar un discurso crítico, antiidealista, antipositivista, que siempre es llamado dialéctica; se uti-

liza a Nietzsche como formulador de objeciones radicales al discurso de la razón total, pero les acompaña en el viaje poco más allá, dado que el pensamiento de Nietzsche es esencialmente antidialéctico y mal podía servir de apoyo para resolver los problemas de quienes, de un modo u otro, nunca rompieron ni se opusieron al discurso dialéctico (es obvio que no puedo en este espacio fundamentar ni siquiera incoativamente la afirmación arriba subrayada, remito al lector a la diáfana argumentación de Gilles Deleuze en su conocida obra «Nietzsche y la filosofía»). Es claro que, a otros niveles, la filosofía —mejor, el pensamiento nietzscheano—, al cual aporrias como la de teoría-praxis son absolutamente ajenas, no gozó de las simpatías de los frankfurtianos: Karl Loewith, en su reciente conferencia en Madrid (Instituto Alemán, 6-XI-72), se congratulaba del interés por Nietzsche en España y Francia, lamentando que en Alemania el interés por éste fuera muy escaso «por la

labor en su contra de los miembros de la Escuela de Frankfurt»; desconozco hasta qué punto esta opinión pudiera estar mediaticada por la escasa simpatía de Loewith por los miembros de la Escuela, pero me parece una frase significativa de un estudio tradicional de Nietzsche.

Una afirmación inexacta de Vericat es la de que yo niego simpliciter la vinculación entre los de Frankfurt y mayo del 68; como quizá recuerde mi improbable lector, yo me limitaba a contar la bufonésca condena de los frankfurtianos como «responsables» de Mayo 68 por un concilio marxista en Praga; lo que yo negaba, y explícitamente (o así me lo parecía), era que se pudiera hablar de responsabilidad, en sentido condenatorio, sentado en la cátedra tanque de la revolución traicionada. La vinculación entre Frankfurt y Mayo es innegable, y, lo quieran o no sus envejecidos protagonistas y sus delfines, es uno de los más júbilosos logros intelectuales del pensamiento crítico en el siglo XX.

Otra inexactitud, ésta menos brevemente elucidable, es la de que yo recomiendo un «programa filosófico» basado en «edificar sobre la irreductible diferencia entre teoría y empiria». No hay tal programa; no creo, en ningún caso, que la disputa de la sociología fuese entre «teóricos» y «empiristas», sino entre dos formas diferentes —la dialéctica y la positivista, con inexactitud excusable en gracia de la brevedad— de entender las relaciones entre teoría y práctica; quise decir que quizá pensar la disputa significase, no pretender conciliar las posturas o dar la razón a una de las partes, sino intentar practicar un discurso irreductiblemente no-dialéctico y no-positivista, para el cual la fatigada aporía teoría-empiría careciese de sentido o de interés. Aquí si que nos sería Nietzsche compañero valioso para una larga, inacabable andadura.

Que conste mi interés por lo dicho en su carta y mi agradecimiento por su atención a mi nota. ■ FERNANDO SAVATER.